

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

LA EUROPA DE LOS DIEZ

LA negociación franco-británica que ha dado lugar al levantamiento práctico del veto francés al ingreso de Gran Bretaña en la Comunidad ha sido, quizás el paso decisivo que faltaba para continuar la construcción de Europa. Quedan tres ciertos etapas erizadas de obstáculos entre los cuales no es el menor la resistencia que el primer ministro conservador ha de vencer en su país, en su parlamento y en su propio partido para lograr un cheque que le permita terminar la tarea, tan felizmente iniciada. Pero si esas dificultades se allanan, no será imposible ver, en 1973, a Gran Bretaña formando parte del Mercado Común como socio plenario y a los Seis convertirse en los Diez, pues al gobierno de Londres seguirán los de Dúblin, Copenhague y Oslo en el gesto integrador.

En el diálogo Pompidou-Heath se han evocado y discutido los diferentes técnicos que durante años sirvieron a de Gaulle para oponerse al ingreso de Gran Bretaña en la Europa del Tratado de Roma. Versaban esencialmente sobre el papel de la libra esterlina como moneda de reserva; sobre la situación de la balanza inglesa de pagos; sobre el cupo de ciertos productos lácteos de Nueva Zelanda; y —claro es— sobre la aceptación sincera del «européismo» como filosofía política de la propia integración. Otros temas, en cambio, no debieron suscitar demasiadas fricciones. La regla de la unanimidad, por ejemplo, confirmada en 1966 por el llamado Acuerdo de Luxemburgo, fue recogida sin reservas por Heath, cuyo punto de vista sobre la limitación de las facultades supranacionales de los órganos colegiados no se halla muy lejos de la posición francesa; la menos inclinada a recorrer con prisa las etapas de la gradual enajenación de la soberanía política de los países de la Comunidad. El tema de las lenguas de trabajo, la defensa sin rezago del francés, era obligada en el profesor Georges Pompidou, hombre de letras y autor de excelentes compilaciones de poesía; como su padre, profesor también, lo es del mejor diccionario hispano-francés que existe.

El excelente columnista Pierre Dronin señalaba la interdependencia creciente que sujeta a unos pueblos con otros, encadenando sus problemas en reacciones múltiples. La invasión de dólares —en gran parte especulativos— provocó la reciente crisis monetaria. Alemania, más dependiente de los Estados Unidos en materia de defensa que ningún otro país europeo occidental, tenía que adoptar frente a la sacudida una medida más flexible. De ahí la tensión con sus compañeros de la C.E.E. y especialmente con Francia. Alguien explicó gráficamente la

EL PASO DECISIVO

decisión tomada por Bonn: «El marco flota sobre un océano de dólares para justificar el mantenimiento del cuerpo expedicionario de los Estados Unidos en Europa». Pero este matiz de actitud distinta a la de sus socios del Mercado precipitó el gesto de Pompidou dando facilidades a Heath. El temor a una hegemonía germana —no tanto militar cuanto política y sobre todo económica— resucitó «mutatis mutandis» el espíritu de la «entente cordiale» y acercó a Londres y París. Si Alemania crece demasiado en el seno de la flota de los Seis, bueno será frenar su gigantismo con la presencia del navío británico, acompañado de sus fragatas de escolta. Y así, el engrandecimiento se puso en marcha.

Quedan dos cuestiones apenas ahorradas en el acercamiento franco-ingles. La primera se refiere al progreso de la unificación monetaria europea que después de la mencionada crisis ha quedado prácticamente congelado para una temporada. ¿Será capaz de producir su deshielo el ingreso británico? El segundo —acaso el más trascendente para el futuro europeo— es el de la defensa continental, sobre la que sólo cabe decir que no se concibe sin el apoyo directo de los Estados Unidos, la otra gran potencia nuclear del mundo. En tanto que aliados militares de Norteamérica, los países de la Europa occidental se hallan protegidos frente al poderío gigantesco de la Unión Soviética. Por eso tampoco puede esperarse que los Seis o los Diez tomen actitudes demasiado firmes, ni en materia monetaria, ni en el orden económico frente a la nación que les proporciona una cobertura defensiva eficaz. Y, por ello, el dólar, a pesar de sus flaquezas intrínsecas, seguirá dominando los mercados monetarios de Occidente.

Los Diez sumarán 250 millones de habitantes y un producto nacional bruto de 660.000 millones de dólares al año, el segundo del planeta, solamente inferior al de los Estados Unidos. Será evidentemente una infraestructura humana y productiva de enorme potencialidad. El día que a los Diez se incorporasen los que faltan habría 320 millones de población europea unida, cifra superior a Norteamérica, a Rusia o al Japón.

¿Cuál será el camino que haya de tomar la ruta de la integración política? Todo hace suponer que la confederación de Estados, única forma de acercamiento hoy concebible y viable. Si no la Europa de las patrias, al menos la Europa de los Estados, se dicen a sí mismos los franceses posgaullistas. Es un mosaico diferenciado en el que se hablan once lenguas distintas y circulan quince monedas independientes no hay otra

manera de zureir las soberanías. Los niveles de vida entre los Diez no se alejan demasiado entre sí y las formas de existencia sociológicas se asemejan cada día más. Tampoco es heterogéneo el sustrato general de su filosofía política que tiene sus cimientos en formas democráticas de Estado de derecho apoyadas en expresiones plurales y libres de la opinión pública. Los problemas educacionales, de transporte, polución y vivienda son asimismo parecidos. Cuatro enormes aglomeraciones urbanas de muchos millones de habitantes, Londres, París, el Rhur y el gran Rotterdam, ofrecerán manojos de candentes cuestiones similares a gobernantes, sociólogos, moralistas, arquitectos y técnicos en conurbación. La Europa confederal que se construye y para la que se tendió ahora el puente decisivo sobre el Canal de la Mancha, ¿será antiamericana como algunos pregonan y otros temen? A mi juicio esa calificación es utópica y peca de simplista. En el estado actual de la tecnología militar no sólo dependerá durante mucho tiempo la seguridad europea del equilibrio de los supergrandes, sino que cualquier intento de colmar autóctonamente el distanciamiento ya existente en materia nuclear, entre los ejércitos europeos y el norteamericano no haría sino aumentar la ventaja, con pura pérdida de tiempo y dinero de los que lo intentarían. Creo que Pompidou es europeísta sin prejuicio antiamericano (como lo tenía de Gaulle). Y entiendo que Heath es sencillamente un político británico sin especiales ataduras hacia Norteamérica, como las tenían Churchill o Mac Millan en su tiempo.

El equilibrio dinámico de la conciencia europea —ha escrito Louis Armand— se apoya en tres factores esenciales que son el interés científico, el sentido social y la naturaleza espiritualista del genio de Europa. La conjugación de esos elementos es lo que hace y hará siempre que el peso propio del Viejo Continente se haga sentir en la Historia a través de contradictorios avatares.

Teilhard formuló el principio evolutivo de que las integraciones hacia las unidades superiores se producen en la naturaleza solamente cuando su conciencia se desarrolla haciéndose más compleja y diversificada. En esa fase estamos. La aportación británica puede traer al espíritu de la Comunidad un caudal de civismo y de responsabilidad ciudadana inspirado en la libertad política y en el buen sentido de la «praxis» anglosajona.

José María DE AREILZA

VISITANTES Y VISITADOS

NATURALMENTE, y desde siempre, las lenguas han servido, a la vez, para entenderse «entre unos» y dejar de ser entendidos «por los demás». Cada sociedad más o menos homogénea, y más o menos cerrada, creó su idioma: la unidad y la persistencia de ese idioma, en definitiva, reflejaba el grado de madurez autónoma del grupo. La función de trámite, de instrumento de comunicación «necesaria», que toda lengua cumple, explica aquella casi identidad. A la larga, por supuesto, se suman más cosas, y lo que en un principio era un útil espontáneo se convierte en vínculo afectivo, cultural y civil. Pero, precisamente por eso, acaba siendo también una frontera o un impermeable: una defensa. Se habla, en ocasiones, un idioma, con el propósito de que quienes escuchan no comprendan lo que se dice. A nivel de «naciones», el extremo se manifiesta en el «nacionalismo» riguroso. No se crea, sin embargo, que sólo se trata de un asunto tan complejo. Los argots, por ejemplo, de casta, de oficio o de monipodio, no son más que «subidiomas» —dialectos, si se quiere— que quizá surgen de una familiaridad restringida, aislada, entre quienes los usan, pero importan más como «lengua secreta», impenetrable para los oídos ajenos. La «tribu» en determinados momentos desea «entenderse» sin «ser entendida». El clan de los Borgia, en Roma, empleaba su catalán aborigen, cuando quería escapar a la curiosidad de los Italianos circundantes y —¡ay!— hostiles.

Durante siglos, en esta Europa singularmente plurilingüe, la superación de los «vernáculos» quedó reducida al latín tradicional y egregio: en

la diplomacia, entre los sabios y hasta en el comercio. Desde luego, nunca faltaron gentes que dominaban más de una lengua, y a ellas se les encomendaba, a menudo, los ejercicios de mediación: hacían de trujamán, de intérprete. Con el tiempo, el latín fue sustituido por idiomas «nacionales» expansivos, cuya base demográfica o política permitía un mínimo de aceptación general: así el español en el XVI y el XVII, y el francés luego, y el inglés ahora. El poliglótismo, de todos modos, continuó siendo excepcional. Y lo es aún, hoy día, a pesar de los pesares. Al crecer en intensidad y en envergadura las relaciones entre comunidades «heteroglotas», se hizo imprescindible aprender idiomas. Los hombres de negocios, y sus amanuenses, y las multitudes migratorias, y los catetodáticos de Universidad, y sus alumnos, y algún que otro prohombre de la vida pública, tuvieron que habilitarse en lenguas extranjeras para poder salir del paso. En la educación de los niños de clase acomodada empezó a ser asignatura obligada un idioma «extraño», con la excusa del adorno o del pragmatismo. La «nurse» constituyó un verdadero emblema de esta situación. Y los bachilleratos acabaron por formalizarla. Con todo... La verdad es que, en última instancia, poco se progresó en ese sentido. La figura del «maitre d'hotel» capaz de expresarse en cuatro o cinco lenguas lo indica. Su poliglótismo «suplía» el de la clientela.

El panorama está cambiando a la carrera. Gracias a esa trashumancia veraniega llamada «turismo», por supuesto. El desplazamiento de enormes masas humanas con vacaciones pagadas,

produce pequeños pero asiduos conflictos de «inteligibilidad» entre visitantes y visitados. El turista llega a su destino, habitualmente, con una amplia ignorancia de la lengua local: a lo máximo, dispone de un breve vocabulario relativo a precios y a media docena de urgencias más. Lo suficiente, a su juicio. Al fin y al cabo, confían en la atención interesada de los recipiendarios: quien paga, manda. Y, en efecto, los recipiendarios, por la cuenta que les tiene, hacen cuanto pueden para «entender» y «hacerse entender». El mundo «servicial» aprende idiomas a marchas forzadas. El espectáculo no puede ser más divertido ni más enterenecedor, cuando uno observa los malabarismos verbales de los restoranes, de los bares, de las tiendas, en cualquier zona playera. El caso resulta gloriosamente patético en comarcas como la mía, donde la industria del hospedaje y sus anexos es de reciente creación, y nutre su plantilla con individuos que hasta anteaer se dedicaban al cultivo de la tierra. Admira la flamante impavidez con que estos hombres y estas mujeres se lanzan a conversar, no digo ya en castellano, pero en francés, en inglés, en alemán, e incluso en Dios sabe qué variantes escandinavas. Y así ha de ser, hoy por hoy. Chapurrean lo que se presente, y se entienden y se hacen entender, a trancas y barrancas. Hay que vivir.

Lo que ocurre, con ello, es que las «lenguas» barajadas en la operación dejan de ser lo que son. Quiero decir: dejan de ser lo que las «lenguas» son en las aulas, en los libros y en la retórica nacionalista. Toda aquella pompa culturalista de «la lengua de Shakespeare», «la

lengua de Racine», «la lengua de Goethe», y etcétera, se deshinchia en la improvisada argucia coloquial del turismo. Las palabras más conspicias, la sintaxis más delicada, todas las fonéticas posibles, se desmoronan en los hoteles, en los supermercados, en las «boîtes», en las calles. Una especie de volapuk maleable y expeditivo emana de las bocas de los camareros y los playboys, y es correspondido por sus destinatarios. Porque éstos también se esmeran en simplificar su propia lengua, en aras de la eficacia y de la prisa. ¡Duran tan poco unas vacaciones!... Observando el hecho de cerca, uno piensa que, en el fondo, unos y otros, forasteros y autóctonos, preferirían «entenderse» por señas. Sería lo menos complicado. Para llegar al final de lo que ambas partes se proponen, que es el menú o el plan, o cosas parecidas, no hace falta un idioma: con unos cuantos ademanes significativos habría bastante. Bien mirado, nadie intenta «entender» nada excesivamente importante: el mismo vocablo «entender» resulta abusivo, en este contexto. Las lenguas con las que «nos entendemos» —o evitamos que nos entiendan— tienen poco que ver con el cambalache precipitado de una jornada estival. Bajo el sol contratado por la agencia de viajes, en el mar cercano al camping módico, ante las mesas provistas de platos típicos, la «mudez» se impone. Algún crítico quisquilloso podría añadir que nos hallamos frente a una forma supernumeraria de «alienación» intrínseca al «consumismo». Nunca se sabe, claro. Pero ésta es la cuestión.

Joan FUSTER

¡¡ PRECIOS CORTOS... EN FRIGORIFICOS PERPIÑÁ

BAZAR PERPIÑÁ
Rda. Universidad, 21 y Rda. San Pablo, 4, 6 y 8
CORBERO, IENIS, ZANUSSI, EDESA, etc.
Abonamos más dinero que nadie por su antiguo frigorífico.

¡ AHORA

Para su apartamento **4998** pts.
Facilidades de pago

LA MASIA TORREDEMBARRA GRAN VERBENA SAN PEDRO
Champaña a Go-Gó
3 Orquestas
Baile continuo
Maravillosa discoteca
Bolsa, sorpresa, cotillón, coca
Todo incluido: 200 pesetas

Pase la verbena de SAN PEDRO con los

HERMANOS CALATRAVA
y CONJUNTO MODERNO

en

Restaurante Residencial LAS PUNGOLAS
(con piscina). Tickets con cena, 600 ptas., y tickets sin cena, 400 ptas. Reserva de mesas:
Teléfonos 211-79-94 y 211-79-95

Comercial JAF SIN ENTRADA TELEVISORES
UHF - VHF - PROG. COLOR B. N.
Cobro por semana. Cobrador particular
Ultimos modelos. Primeras suyas
HOY MISMO SERA SUYO
Teléfono 220-04-04

RETALES PIEL, ANTE Y NAPA
calidad inmejorable. Llamar al 228-19-04. Sr. Solé

¡¡ HERNIADOS !!

«ODRAP», palabra que significa solidez, comodidad. Un adelanto evolutivo para los herniados es el aparato «ODRAP». Es un invento sin hierros ni flejes, sólo pesa 95 gramos, sin bultos, en traje de baño se lleva sin notarse. No se estropea aunque se bañe por ser lavable. Con «ODRAP» la hernia irá contenida mejorando. El aparato «ODRAP» se fabrica a medida bajo prescripción facultativa. «ODRAP», Travessera de Gracia, 10, pral. (junto Plaza Calvo Sotelo), BARCELONA. Consulte a su médico. (C. P. S. 1322). Visitas, de 10 a 1 y de 4 a 7.